

—¡Qué puerta va a ser! ¡Esta puerta!— contestóle señalándola con energía.

La rana contempló la puerta con sus grandes ojos mortecinos. Acercóse, y pasó por ella el pulgar, como si probara la pintura, después miró a Alicia.

—¿Para contestar a los que llaman?— dijo—. ¿Y qué preguntas?

Hablaba con voz tan ronca que Alicia apenas pudo entenderla.

—No sé lo que quieres decir— repuso Alicia con mal contenida cólera.

—Creo que hablo castellano. ¿No te parece? ¿O estás sorda?— replicóle la rana también algo amoscada.

—¡Nada!— exclamó impaciente—. Estaba llamando.

—¡No hagas eso! ¡No hagas eso!...— murmuró la rana—. La enojas, ¿sabes?

Y acto seguido dióle a la puerta una tremenda patada con uno de sus grandes pies.

—Y déjala en paz— jadeó mientras se volvía a su árbol a pequeños saltos—. ¡Déjala en paz, y ella te dejará en paz a ti. ¿Entiendes?

Alicia, con gran sorpresa, vió abrirse la puerta de par en par, y el canto de una voz penetrante llegó a sus oídos. La letra era como sigue:

*Al mundo del espejo fué Alicia a mostrar su realeza,  
Con el cetro en la mano, corona en la cabeza.  
Y que todos los seres del espejo, todos sin excepción,  
Asistan con las reinas, y Alicia, a esta reunión.*

Cientos de voces uniéronse en coro a esta voz:

*Que se llenen los vasos, de prisa, muy de prisa;  
Salpiquemos la mesa con salvado, y también con botones  
[de camisa.*

*En los tés pongan gatos; ratas en los cafés.  
¡Bienvenida sea Alicia, por treinta veces tres!*

Siguió a esto un confuso estrépito de risas, y Alicia pensó: «Treinta veces tres son noventa. ¿Lo habrá contado alguien?»

Hubo un poco de silencio y en seguida la voz chillona cantó este otro verso:

*¡Oh seres del espejo!— dijo Alicia—. ¡Venid!  
¡Qué honor el poder verme! ¡Qué bien poderme oír!  
¡Es un gran privilegio, en verdad os lo digo!  
¡El comer con las reinas... blanca, roja..., y conmigo!*

Y el coro de nuevo:

*¡Que se llenen los vasos de tinta y de azahar!  
¡O de otra cualquier cosa que halague el paladar!  
Bebe arena con sidra, con el vino y pimienta...  
¡Bienvenida sea Alicia, nueve veces noventa!*

—¡Nueve veces noventa!— repitió Alicia con desesperación—. ¡Nunca se acabaría! Será mejor que entre de una vez.

Y entró; su aparición provocó un imponente silencio. Alicia, muy nerviosa, echaba ojeadas a la mesa a medida que atravesaba el extenso salón, y pudo observar que había como cuarenta comensales de todas las especies. Animales..., pájaros, y hasta algunas flores veíanse entre ellos.

—Me alegro de que hayan venido sin pedírmelo— iba discurrendo—. ¡En la vida hubiese sabido a quiénes debía invitar!

En la cabecera de la mesa veíanse tres sillones. Las dos reinas habían ya tomado asiento en dos de ellos. El tercero, en medio, aparecía vacío.